

“Cuando nuestro nombre sea solamente un recuerdo”

Una reflexión a partir de Mateo 1:1-17

Por

Lorenzo Luévano



Hay pasajes de la Escritura que solemos leer lentamente porque cada frase parece reclamar nuestra atención, mientras que existen otros sobre los cuales nuestros ojos avanzan con cierta prisa, como si estuviéramos atravesando un corredor necesario para llegar finalmente a la habitación que realmente queremos visitar. Mateo 1:1-17 suele sufrir esta segunda suerte, porque después de leer que Abraham engendró a Isaac, que Isaac engendró a Jacob, que Jacob engendró a Judá y que, generación tras generación, un hombre engendró a otro, fácilmente sentimos la tentación de apresurar el paso hasta llegar al nacimiento de Jesucristo. Sin embargo, esa sucesión de nombres que para nosotros puede parecer monótona contiene una poderosa exhortación para quienes todavía caminamos sobre esta tierra, porque aquellos hombres alguna vez estuvieron exactamente donde nosotros estamos ahora, viviendo su presente como si fuera algo permanente, tomando decisiones, construyendo casas, criando hijos, enfrentando problemas, haciendo planes y contemplando un futuro que, como sucede con nosotros, parecía extenderse mucho más allá del día presente.

Pero ahora solamente quedan sus nombres.

“Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos” (Mateo 1:2). La frase es breve, aunque detrás de ella hay décadas enteras de existencia humana. Entre un nombre y otro hubo amaneceres y noches, alegrías y funerales, conflictos familiares, viajes, temores, pecados, actos de fe, pérdidas, victorias, enfermedades y lágrimas. Mateo puede recorrer siglos en unas cuantas líneas porque aquello que para cada generación parecía enorme terminó convirtiéndose, visto desde la distancia, en apenas unas palabras. Y quizá allí comienza una de las primeras amonestaciones que esta genealogía dirige silenciosamente a nuestra conciencia, pues nosotros también estamos viviendo una existencia que algún día podrá resumirse en unas cuantas frases.

Nos levantamos cada mañana rodeados de asuntos que parecen enormes. Nos inquietamos por cosas que dentro de cincuenta años nadie recordará, discutimos por cuestiones que dentro de cien años probablemente carecerán de toda importancia, defendemos

nuestro orgullo como si nuestra reputación fuese eterna y acumulamos preocupaciones como si hubiéramos recibido alguna garantía de permanecer indefinidamente en este mundo. Sin embargo, las generaciones de Mateo 1 pasan delante de nosotros como las sombras al caer la tarde. Abraham murió, Isaac murió, Jacob murió, Judá murió, David murió, Salomón murió, y los hombres que alguna vez llenaron su mundo con sus voces terminaron cediendo su lugar a otros. La genealogía continúa.

Nosotros también nos iremos.

Esta realidad debería corregir muchas de nuestras prioridades, porque resulta difícil mantener ciertas enemistades cuando recordamos que vamos a morir, resulta absurdo alimentar durante años un resentimiento cuando comprendemos cuán breve es nuestra existencia, y parece todavía más insensato sacrificar nuestra comunión con Dios para obtener aquello que solamente podremos conservar durante unos cuantos años. Moisés pidió al Señor algo que nosotros también necesitamos aprender cuando dijo, “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Salmos 90:12). No pidió simplemente aprender que la vida es corta, porque cualquiera puede saberlo intelectualmente, sino adquirir la sabiduría que nace cuando esa verdad desciende desde la mente hasta el corazón y comienza a gobernar nuestras decisiones. Mateo 1 nos obliga precisamente a contar nuestros días, aunque lo hace contando generaciones.

Cada nombre nos recuerda que una generación recibe la vida, camina durante algún tiempo sobre la tierra y finalmente entrega su lugar a la siguiente, pero también nos enseña que, mientras los hombres pasan, Dios permanece. Los personajes cambian, las circunstancias cambian, los reinos aparecen y desaparecen, las familias prosperan y luego atraviesan tiempos de aflicción, pero el propósito divino continúa avanzando. Por eso, cuando Mateo abre su evangelio diciendo, “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1), nos está colocando delante de una historia en la cual la fidelidad de Dios resulta incomparablemente más estable que la vida de los hombres.

Esto debe producir consuelo en el santo que atraviesa tiempos difíciles, porque nosotros solemos medir la fidelidad de Dios mediante períodos demasiado pequeños. Cuando algo sale mal durante algunos meses comenzamos a inquietarnos, cuando una oración tarda en recibir la respuesta que esperábamos sentimos que el cielo guarda silencio, y cuando nuestras circunstancias se oscurecen podemos llegar a preguntarnos qué está haciendo Dios. Sin embargo, Mateo contempla siglos. Entre Abraham y Cristo transcurrieron generaciones enteras, y hubo momentos durante los cuales un hombre podía mirar alrededor y preguntarse cómo llegarían a cumplirse las promesas divinas. A pesar de ello, Dios no había olvidado una sola palabra.

El problema está en que nosotros miramos el reloj, mientras Dios contempla la historia. Cuando el Señor prometió a Abraham que en su descendencia serían benditas las naciones, Abraham no pudo contemplar con sus propios ojos todo el desarrollo histórico de

aquella promesa, y cuando David recibió las promesas relacionadas con su descendencia tampoco vivió para contemplar personalmente cada acontecimiento mediante el cual Dios conduciría la historia hasta Cristo. Sin embargo, el hecho de que ellos murieran no significaba que las promesas hubieran muerto con ellos, porque la fidelidad divina no depende de la duración de una vida humana. Nosotros morimos antes de contemplar muchas cosas que Dios hará, pero Dios no muere, y precisamente por eso nuestra esperanza descansa en él y no en nuestra capacidad para controlar el mañana.

Esta verdad debería reprender también nuestra impaciencia. Queremos resultados inmediatos, conversiones inmediatas, crecimiento inmediato, soluciones inmediatas y respuestas inmediatas, mientras que la Escritura nos presenta repetidamente a un Dios que obra a través del tiempo sin convertirse jamás en esclavo de nuestra prisa. Hay semillas espirituales que sembramos y cuyos frutos quizá recogerán otros. Un padre puede enseñar durante años a sus hijos y morir sin alcanzar a contemplar todas las consecuencias de aquella enseñanza, un predicador puede sembrar la Palabra en corazones que parecen indiferentes y jamás enterarse de lo que aquella semilla produjo posteriormente, y una iglesia puede trabajar fielmente durante décadas preparando un terreno cuyo fruto abundante aparecerá cuando quienes comenzaron aquella obra ya descansen de sus trabajos.

Pablo expresó esta realidad cuando escribió, “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:6). Nuestra responsabilidad consiste en ser fieles durante el pequeño segmento de la historia que Dios nos ha permitido ocupar, sin exigirle que nos permita contemplar personalmente todos los resultados. Mateo 1 contiene hombres que fueron eslabones dentro de una cadena mucho mayor que ellos mismos, y esa realidad debería enseñarnos la humildad de aceptar que nosotros también somos apenas una generación dentro de una obra que pertenece a Dios.

Sin embargo, la genealogía no solamente consuela, sino que también amonesta, porque los nombres que aparecen allí no pertenecieron a hombres impecables. Cuando Mateo menciona a David, no oculta aquella dolorosa página de su historia, sino que escribe que “David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías” (Mateo 1:6). Podría haber mencionado simplemente a Salomón, pero la referencia a Urías hace que una vieja herida vuelva a quedar visible siglos después. David había muerto hacía mucho tiempo, Urías también, Betsabé también, pero lo sucedido no desapareció de la historia simplemente porque sus protagonistas hubieran muerto.

Aquí encontramos una advertencia que nuestra generación necesita desesperadamente, porque vivimos en una cultura que quiere separar las acciones de sus consecuencias, como si pudiéramos pecar hoy y cerrar mañana la puerta detrás de nosotros sin dejar huellas. Sin embargo, el pecado deja cicatrices. Puede ser perdonado, ciertamente, y la gracia de Dios puede restaurar al pecador arrepentido, pero el perdón divino jamás debe confundirse con la idea frívola de que nuestras decisiones carecen de consecuencias. David fue

perdonado cuando reconoció su pecado, pero aquello que hizo con Betsabé y contra Urías quedó registrado para las generaciones posteriores.

Por eso, hermano, antes de cometer aquel pecado que usted piensa mantener oculto, recuerde que está escribiendo una página de su historia. Antes de sacrificar su matrimonio por unos minutos de placer, antes de abandonar la congregación por orgullo, antes de destruir una relación fraternal porque se niega a perdonar, antes de permitir que el dinero gobierne su conciencia o antes de cambiar sus convicciones para recibir la aprobación de los hombres, recuerde que las decisiones que parecen pequeñas cuando se toman pueden producir consecuencias que permanezcan cuando nosotros ya no estemos presentes para corregirlas.

La genealogía de Mateo también contiene algo profundamente humillante para nuestro orgullo religioso, porque Dios no necesitó una colección de seres humanos impecables para conducir la historia hasta Cristo. En aquella línea aparecen episodios dolorosos, familias complicadas y personajes cuyas vidas estuvieron marcadas por graves pecados, pero nada de ello convirtió el pecado en algo bueno ni transformó el mal en voluntad moral de Dios. Lo que demuestra es algo mucho más glorioso, porque manifiesta que la perversidad humana no posee poder suficiente para destruir el propósito divino.

Judá pecó, David pecó, Salomón se desvió y generaciones posteriores llevaron al pueblo hacia una decadencia tan profunda que finalmente llegó la deportación a Babilonia. Mateo mismo introduce aquel desastre dentro de la genealogía cuando escribe que “Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia” (Mateo 1:11). De repente, entre los nacimientos aparece una catástrofe nacional. La genealogía que había atravesado patriarcas y reyes llega hasta Babilonia, donde humanamente podría parecer que toda esperanza había quedado sepultada bajo los escombros de Jerusalén.

Pero la genealogía continúa.

Esa sencilla realidad de continuidad contiene una extraordinaria lección espiritual. Babilonia no pudo detener a Dios. La infidelidad de los hombres produjo juicio, dolor y desierto, pero ni siquiera aquel desastre logró borrar las promesas del Señor. Después de la deportación aparecen nuevos nombres, y después de aquellos nombres vienen otros, hasta que finalmente Mateo escribe, “Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo” (Mateo 1:16).

Cuántas veces un cristiano contempla su propia vida y piensa que ha llegado a una especie de Babilonia espiritual, no necesariamente porque haya abandonado al Señor, sino porque atraviesa una etapa donde todo parece haberse derrumbado. Tal vez perdió algo que consideraba indispensable, quizá su familia atraviesa una crisis, su trabajo se ha complicado, una enfermedad ha alterado sus planes o los resultados de años de esfuerzo parecen

demasiado pequeños. En semejantes momentos necesitamos recordar que un capítulo doloroso no equivale al final del libro. Dios continúa siendo Dios cuando nosotros no entendemos lo que está haciendo.

Esto no significa que toda desgracia terminará de la manera temporal que nosotros deseamos, ni autoriza aquella espiritualidad superficial que promete que cada problema desaparecerá si tenemos suficiente fe. La genealogía enseña algo más profundo, porque algunos de aquellos hombres murieron sin contemplar la consumación de las promesas, y aun así Dios permaneció fiel. Nuestra confianza, por tanto, no consiste en creer que cada circunstancia terrenal terminará ajustándose a nuestros deseos, sino en saber que ninguna circunstancia puede invalidar aquello que Dios ha determinado cumplir en Cristo. Precisamente por eso, toda la genealogía desemboca finalmente en Jesús.

Abraham aparece, pero la historia no termina en Abraham. David aparece, pero la historia tampoco termina en David. Salomón ocupa su lugar y desaparece, los reyes pasan, Babilonia llega y también pasa, otras generaciones nacen y mueren, hasta que finalmente aparece aquel hacia quien todo estaba avanzando. De este modo, Mateo nos recuerda desde el comienzo de su evangelio que Cristo no debe ocupar un rincón de nuestra existencia, porque él constituye el centro hacia el cual converge el propósito redentor de Dios. Y aquí debemos examinarnos seriamente.

Podemos asistir a las reuniones de la iglesia, cantar, participar de la Cena del Señor, escuchar sermones, conocer argumentos doctrinales y defender correctamente muchas verdades bíblicas, mientras permitimos que nuestro corazón se aleje silenciosamente de Cristo. Podemos llegar a interesarnos tanto por las controversias religiosas que olvidemos cultivar la santidad, podemos saber responder al error de otros mientras toleramos nuestros propios pecados y podemos defender con precisión la doctrina acerca de la iglesia mientras descuidamos nuestra responsabilidad como miembros de una iglesia local. La ortodoxia que no produce obediencia termina convirtiéndose en una contradicción viviente, porque la verdad que defendemos con nuestros labios debe gobernar también nuestra conducta.

La dirección de la genealogía.

La genealogía conduce a Cristo, y nuestra vida también debe conducir hacia él. Esto significa que nuestros matrimonios deben honrarlo, nuestros hogares deben reflejar su enseñanza, nuestro uso del dinero debe someterse a su voluntad, nuestras conversaciones deben ser dignas de quienes llevan su nombre y nuestras relaciones con los hermanos deben manifestar que verdaderamente hemos aprendido de aquel que dijo, “que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34). No basta con que Cristo aparezca en nuestras doctrinas si desaparece de nuestro carácter.

Hay todavía otra realidad solemne escondida entre aquellos nombres, porque cada generación recibió algo de la anterior y entregó algo a la siguiente. Ningún hombre comienza completamente desde cero. Recibimos palabras, ejemplos, conocimientos, costumbres, advertencias y oportunidades de quienes caminaron antes que nosotros, y de la misma manera estamos dejando algo para quienes vienen detrás. La pregunta inevitable es qué estamos dejando nosotros.

Nuestros hijos recordarán algo de nuestra vida espiritual. Los hermanos más jóvenes aprenderán algo observándonos. Quienes escuchen nuestra enseñanza recibirán algo de nosotros. Incluso nuestras reacciones ante las dificultades se convertirán en lecciones para quienes nos rodean, porque enseñamos cuando hablamos y también cuando sufrimos, cuando perdonamos, cuando somos contradichos, cuando perdemos algo, cuando enfrentamos enfermedad y cuando permanecemos fieles aunque obedecer resulte costoso.

Por eso, nuestra responsabilidad no consiste solamente en llegar fielmente al final de nuestra propia carrera, sino también en entregar a la generación siguiente una fe que no hayamos adulterado. Pablo escribió a Timoteo acerca de aquello que había oído y le ordenó que lo encargara “a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:2). Allí también aparecen generaciones espirituales. Pablo, Timoteo, hombres fieles y otros. La verdad recibida debía ser transmitida sin corrupción, porque cada generación posee la responsabilidad de recibir fielmente la Palabra y entregarla fielmente a quienes vienen detrás.

Algún día nuestros nombres pertenecerán al pasado. Otros ocuparán nuestros lugares en las bancas donde ahora nos sentamos, otros predicarán desde los púlpitos donde ahora predicamos, otros cantarán los himnos que ahora cantamos y otros continuarán la obra cuando nuestras voces hayan guardado silencio. Si el Señor permite que pasen suficientes años, quizá nadie recuerde nuestras conversaciones, nuestras preocupaciones cotidianas ni muchas de las cosas que hoy consideramos importantes.

Pero habrá quedado nuestra influencia.

Habrá quedado aquello que enseñamos, habrá quedado el ejemplo que dimos a nuestros hijos, habrá quedado la huella que dejamos en la congregación y, sobre todo, habrá quedado delante de Dios la clase de vida que realmente vivimos. Por eso resulta tan penetrante la exhortación de Pablo cuando escribe, “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58). Observe cuidadosamente que Pablo no dice que todo trabajo producirá resultados inmediatamente visibles, sino que el trabajo realizado “en el Señor” no es vano.

Mateo 1:1-17 comienza pareciendo solamente una lista de nombres, pero cuando permitimos que esos nombres nos recuerden lo que verdaderamente significa pertenecer a una generación pasajera, la genealogía se convierte en un espejo. Allí vemos hombres que nacieron y murieron, pecadores que necesitaron misericordia, creyentes que caminaron por fe, familias que experimentaron tragedias, generaciones que atravesaron juicios y promesas divinas que sobrevivieron a todos ellos.

Y finalmente vemos a Cristo.

Quizá esa sea la perspectiva que necesitamos recuperar cuando nuestras preocupaciones se vuelven demasiado grandes. Nosotros somos pasajeros, pero Cristo permanece. Nuestros problemas tienen fecha de caducidad, pero su palabra permanece para siempre. Nuestros cuerpos envejecen, nuestras fuerzas disminuyen y finalmente nuestra generación entregará su lugar a otra, pero el reino de Cristo no envejece con nosotros. Por eso no debemos vivir desesperadamente tratando de hacer permanente aquello que Dios hizo temporal, sino invertir nuestra existencia en aquello que tiene consecuencias eternas.

Llegará un día en que alguien ocupará nuestro lugar.

Llegará un domingo en que la iglesia se reunirá y nosotros no estaremos allí. Llegará una mañana en que el mundo continuará funcionando sin nosotros, nuestros objetos pertenecerán a otras personas y nuestros asuntos pendientes dejarán de ser nuestros. Entonces ya no podremos reconciliarnos con aquel hermano, pedir perdón a nuestro cónyuge, enseñar a nuestros hijos, visitar al enfermo, predicar el evangelio a nuestro vecino, abandonar aquel pecado secreto ni comenzar aquella obra que durante años dijimos que algún día realizaríamos.

Nuestro tiempo para hacerlo es ahora.

Así que, mientras nuestro nombre todavía pertenece a los vivos, vivamos de tal manera que cuando pertenezca a la historia pueda decirse que fuimos fieles. No necesitamos que las generaciones futuras levanten monumentos en nuestra memoria, ni que nuestro nombre sea conocido por multitudes, porque la verdadera grandeza del cristiano no consiste en conseguir que los hombres recuerden quién fue, sino en vivir de tal manera que Dios apruebe lo que hizo.

Después de Abraham vino Isaac, después de Isaac vino Jacob, después de Jacob vinieron otros, y después de nosotros también vendrán otros, si el Señor permite que el mundo continúe. La genealogía seguirá siendo leída cuando nosotros hayamos desaparecido, y el Cristo al cual aquella genealogía conduce seguirá siendo Señor cuando nuestra generación haya quedado bajo la tierra.

Por tanto, mientras todavía respiramos, mientras todavía podemos arrepentirnos, servir, perdonar, enseñar, corregir, amar, predicar y obedecer, hagámoslo con fidelidad, porque nuestra vida es breve, nuestra generación es pasajera y nuestro nombre algún día será solamente un recuerdo.

Pero Jesucristo permanece...

Iglesia de Cristo en Constituyentes
Juan J. Méndez 7744, Col. Constituyentes
Ciudad Juárez, Chih. México
01 de octubre de 2026
www.iglesiadecristoenjuarez.com